

El arte de transformarse

—

Hoy es, lo sé. Observo cómo las últimas estrellas de la noche se desvanecen, dando paso al comienzo de un nuevo día. Oigo los primeros movimientos de la jornada. Aquí estoy yo, esperando con nervios, con incertidumbre. Sé que hoy todo cambiará.

Noto su presencia. Tengo dudas: ¿será delicado o brusco? Unas manos rugosas me acarician. Bajo esa piel agrietada me sostiene con cuidado, como si pudiera romperme. Siento que me observa, me gira un poco y, de pronto, noto un corte limpio. No ha dudado. Me separa de mi cepa, a la que he estado unida estos últimos meses. Me despido de ella, las mismas manos que me trataron con delicadeza me colocan en el cesto. Comienzo un nuevo camino.

El trayecto es distinto a todo lo que conocía. He llegado a la bodega. Me pesan, me seleccionan. Estoy orgullosa. Me despalillan, y pronto pasaré al siguiente paso: el estrujado y el prensado. Podría parecer violento, pero no lo siento así. Extraen lo mejor de mí para llevarme a la fermentación. Sé que mi destino es convertirme en parte de un vino de gran calidad.

El resultado es importante, sí, pero también lo es el viaje: cada etapa, cada dificultad, incluso aquello que no resulta como esperamos.

Permitidme presentarme: mi nombre es Mencía. Tengo nombre de mujer, aunque soy una uva tinta, orgullosa de mis raíces. Y sé que, en una copa futura, brindaré por la vida que me transformó.